

La noche del cazador

Una buena novela para una buena película

Irene Chica Pérez

1. La transtextualidad

La conexión existente entre *La noche del cazador* novela (Davis Grubb) y *La noche del cazador* película (Charles Laughton) remite al fenómeno de la transtextualidad o idea de que todo está relacionado, incluyendo por supuesto a las obras de arte.

Más específicamente, su vínculo transtextual se concreta en un tipo de relación de hipertextualidad. En el marco de esta relación, la versión literaria, lanzada en 1953, asume la función de hipotexto. La adaptación cinematográfica realizada posteriormente, en 1955, es una transformación de ese hipotexto, por lo que se consideraría el hipertexto.

La película se basa en el libro originario muy fielmente. Así pues, se puede afirmar que el hipotexto (novela) experimentó una transformación simple y directa en su tránsito hasta convertirse en hipertexto (película).

Dicha transformación se efectúa mediante ciertas estrategias narrativas aplicadas al texto literario que tienen por objeto realizar su conversión al lenguaje estrictamente cinematográfico. Como resultado se da lugar a un guión que altera en parte la distribución de las secuencias en el libro, condensa, resume y elimina ciertos fragmentos.

Considerando la obra resultante autónomamente en su nueva condición de material para el cine, sin compararla con el ejemplar literario precedente, la apreciación es que alcanza unos cotas de gran nivel.

Algunas diferencias que se producen al traspasar la misma historia al discurso cinematográfico son la organización temporal de las secuencias y el tipo de focalización o punto de vista a partir del cual nos llega la información narrativa.

La película presenta una estructura cronológica lineal, esto es, unos hechos suceden a otros, de manera natural. Por el contrario, el libro está articulado mediante una estructura no lineal, a base de flashbacks o incursiones al pasado.

Por ejemplo, el libro arranca con la canción burlona y el dibujo a tiza en el muro de ladrillos con que los niños del pueblo se cachondean de la desgracia que les ha ocurrido a los pobrecillos John y Pearl. Intuimos que algún agravio ha caído sobre la familia de los Harper, y seguramente a causa del padre, puesto que es el único que no sigue en casa, así como por el anhelo de John de que vuelva con ellos. Pero esto es una de las consecuencias del delito que previamente ha cometido Ben Harper. Aunque Harper en la cárcel le cuenta al predicador con pelos y señales su delito, para ponerle la miel en los labios excluye el importante detalle acerca de dónde escondió el dinero, y esto el lector no lo descubre hasta bien avanzada la novela, cuando Pearl saca de la panza de su muñeca todo el dinero para recortar algunos billetes y hacer muñecos de papel con ellos. Otro aspecto del suceso no se le revela al lector hasta más tarde todavía: aquel momento de complicidad que Harper tuvo con sus hijos justo antes de que lo arrestaran, cuando llega corriendo a casa y les hace jurar a los dos que nunca revelarán dónde acaba de esconder el dinero.

En la película, sin embargo, la canción y el dibujo del hombre ahorcado no aparecen justo al principio. Siguiendo el orden lógico de los acontecimientos, primero presenciamos la huida de Ben Harper y el pacto con sus hijos, luego su sentencia, su ejecución, y ya después de este proceso asistimos a la mofa cruel de los niños hacia los dos hermanos huérfanos.

La focalización en la película es omnisciente, es decir, se sitúa al espectador en un plano de conocimiento absoluto. La focalización del libro también es omnisciente, basada en un narrador en tercera persona y en pasado. Al ser una voz externa no debemos identificarlo con los personajes, si bien en ciertos momentos se introduce en los pensamientos de John, Willa, Rachel Cooper o Ruby. Por tanto, hay a veces una

focalización centrada en el punto de vista de ciertos personajes, que se puede llegar a confundir con la narración en primera persona.

2. La temática

La historia ancla a sus personajes durante la época de la Gran Depresión de los 20's en un contexto social costumbrista: en un tradicional estado de los EE.UU, de ambiente llano y rural, un padre trabajador preocupado de que sus dos pequeños no padezcan la miseria, se atreve a robar un banco. Esto sirve de detonante para una historia llena de intriga.

Tanto en la novela como en la película basada en ella, se identifican temas recurrentes, como la infancia y la religión. Dan pie a la reflexión sobre el sentimiento de culpa y de castigo que el poder de la religión impone a sus fieles y que tiraniza las emociones. Se recapacita sobre el fanatismo y el puritanismo religiosos, que despojan al hombre de toda racionalidad y lo conecta al pensamiento mítico, propio de los niños, y opuesto a lo racional.

A su vez, se pone de manifiesto la percepción del miedo como algo consustancial al ser humano: todo el mundo siente miedo por algo, y quien lo niegue miente rotundamente, puesto que el miedo es muy humano.

3. La moraleja

La codicia

Bajo la historia subyace una crítica al valor que se le da al dinero y lo material. Se observa muy bien en la imagen de la niña recortando los billetes para jugar.

Como moraleja se extrae la siguiente conclusión: el dinero es una tentación, la codicia nos puede a todos. Ben Harper mató por dinero. Luego, estando preso en la cárcel, es acosado por el Predicador, su compañero de celda, al acecho de que suelte prenda con la esperanza de que revele el escondite del dinero.

No obstante, la visión que aporta la novela es un tanto más fatalista. En la película, los diez mil dólares se vuelven la perdición de Ben Harper y corroerán al predicador en su búsqueda. Pero el resto de personajes se mantienen al margen, no muestran interés particular por localizar su paradero. De hecho, ellos recriminan la avaricia que corrompió a Harper cuando planeó la locura de asaltar el banco. Icey en concreto insta a Willa a olvidarse directamente del misterio del dinero, que si bien le da vueltas al asunto, tampoco es por codicia queriendo hacerse con él, sino porque desea cerciorarse de si el amor del predicador hacia ella es verdadero o solo pretende engatusarla hasta descubrir si lo tiene escondido en alguna parte. Y ya convencida, Willa no quiere oír hablar más del tema, exhorta a su hijo John a olvidarse también.

Sin embargo, en la novela hasta la propia Willa cuando visita en cierta ocasión a su marido en la cárcel trata de sonsacarlo rabiosamente. Ella insiste una y otra vez con el rostro enfermo de codicia y llena de excitación, así es como se la describe.

Está todo el tiempo pensando en el dinero: “Siempre lo tengo presente..., manchado de sangre, maldito, pecaminoso. ¡Fue mi pecado, tanto como el de Ben, Icey! Me siento como si lo hubiera empujado a hacerlo”. El predicador, de hecho, la colocará delante de los fieles para que exprese esto mismo y así limpie su cargo de conciencia.

Ya cuando Willa cree que se ha enterado dónde se hallan los diez mil dólares, la llena de tranquilidad saber que están en el fondo del río lastrados con una pesada piedra, porque así permanecerán fuera de su alcance: “¡Y pensar que le habría vendido mi alma al mismísimo Satanás a cambio de saber dónde estaba aquel dinero maldito!”; “¡Noches hubo en que deseé tan intensamente saber dónde estaba, que incluso olvidaba la horrenda desgracia que iba a sucederle a Ben allá, en la penitenciaría de Moundsville! ¡Eso es lo que el pecado y la codicia hacen con el alma humana, Icey!”.

En la película, los individuos que rodean a Harper en sus últimos momentos (abogado, policía y ejecutor), luego de su condena se preguntan qué hizo Harper con ese dinero, pero sin afán de apropiarse de él. Sin embargo, en la novela advierten a Harper que seguramente saldría mejor librado si confiesa dónde ha

ocultado el dinero, mas la verdadera intención con que le dirigen este consejo se describe bajo estas palabras: “Hasta el más tonto podría ver que lo que persiguen no es hacer justicia, sino los diez mil dólares”.

Digamos que en la versión literaria no se libra ni uno: “Eran la codicia y la concupiscencia las que lo habían llevado (a Ben Harper) a Moundsville (la prisión), y eran la codicia y la concupiscencia las responsables de que fueran a colgarlo. Y el rostro de Willa suplicándole y tratando de sonsacarlo tras la tela metálica. Y el rostro del señor McGlumphy (su abogado) argumentado. Y la voz del Predicador en la oscuridad”.

Otra vecina del pueblo, la señora Cunningham, que en la película tan solo les hace a John y Pearl una pregunta desinteresada, en la novela queda de pájaro codicioso el que más, cuando deja de lado toda astucia y zalamería y agarra por los hombros a John para decirle: “¡Si me lo ibas a contar! ¡Vamos, no lo sabrá nadie más que nosotros tres, muchacho! ¿Sabes dónde está escondido el dinero? ¿Te dijo tu papá dónde lo escondió? ¿Lo sabe tu madre?”.

Hasta el inofensivo marido de la señora Spoon expresa sus ganas de alquilar un esquife y ponerse a rastrear los diez mil dólares en el fondo del río.

¿El fin justifica los medios?

Harry Powell se hace llamar “predicador” porque sirve a Dios, pero desde luego lo hace de un modo muy particular. Casi se diría que ha creado su propio credo.

Revela su odio por aquellos mismos que, según él, el Señor también desprecia: los seres “perfumados”, los que se preocupan en demasía por sí mismos, los que viven sometidos al deseo de bienes terrenos y dominados por el apetito de placeres deshonestos. A todos esos el predicador los rajaría sin ningún escrúpulo con su navaja que él considera la “espada de Dios”. Él no viene a traer la paz, sino la guerra, a perseguir a los impuros. Así es como trabaja para Dios.

Con objeto de purgar esta sociedad llena de pecados es por lo que él considera que roba y asesina en serie. Dios le envía viudas pudientes para que él pueda hacerse con su dinero, dinero que le permite vivir e ir a predicar por el mundo. Tal cual opina el

predicador: “Si dejamos que el dinero sirva a los fines del señor, puede que el señor se incline a nuestro favor”.

Resulta bastante rebuscado y anticristiano, pero plantea una encrucijada, la pregunta eterna de “¿el fin justifica los medios?”.

Powell justifica sus acciones en base al mensaje del Señor acerca de erradicar el mal y la depravación, por lo que todo lo que hace no lo percibe como mal: “No te importa que yo mate, tu libro está lleno de muerte”.

La sumisión impuesta a una pobre viuda y su asesinato, y el acoso a unos niños indefensos hasta hacerles la vida imposible, el predicador los excusa por el hecho de ser el camino hacia el dinero que le será de utilidad para seguir predicando y saneando este mundo aberrante..

El juez que sentencia al predicador dirá “Un ladrón de coches... Atrapado con las manos en la masa... ¿Qué clase de predicador?”. Con esto se entiende que desapruueba sus medios. Luego encerrado en la celda, Ben Harper también pone en duda su condición del predicador dado los medios que emplea en su cometido.

No obstante, Ben Harper, padre de los niños, en parte actúa en la misma dirección. Cansado de ver en plena Depresión a tantos niños vagando, ateridos de fríos y sin nada que llevarse a la boca, se promete que sus hijos no caerán en eso. Así que asalta un banco, llevándose por delante la vida de dos hombres, y roba dinero que no le pertenece (medios) con tal de que sus hijos tengan asegurado un futuro digno (fin).

4. La fábula

La historia simpatiza con las cualidades de la típica fábula dirigida a los niños que guarda una intención didáctica, debido a la serie de moralejas finales que pueden extraerse, así como a la similitud que llega a apreciarse entre escenas y personajes con los propios de las fábulas.

Es el caso de las fantasmagorías que viven continuamente los dos pequeños protagonistas durante la persecución incesante del predicador. En la escena de la

película que tiene lugar en el sótano de la casa familiar, la iluminación tétrica de sombras puntiagudas perfilan una estética expresionista de terror y deformación.

La muchedumbre enfurecida liderada por Icey que tras el juicio se lanza a la caza del predicador, guarda vínculo con la eterna persecución de los lugareños de la aldea en busca del ogro monstruoso hasta darle muerte.

La anciana señora Cooper y la ristra de chiquillos que tiene a su cargo recuerda al cuento del lobo y los cabritos.

Asimismo, Pearl le pide a su hermano en cierta ocasión que la entretenga con un cuento mientras coge el sueño, y él lo que hace es adaptar su propia historia: “Había una vez un rey que vivía con su hijo y su hija en un castillo. Un día, unos hombres malos se llevaron al rey. Pero antes de marcharse, le dijo a su hijo que matara a todos los que intentaran llevarse su oro. Poco tiempo después volvían los hombres malos y...”. De repente se refleja en la pared del dormitorio la sombra maligna del predicador, uno de esos “hombres malos” que vendrán a por el oro. Y para rematar la miscelánea de alusiones a la tradición del cuento, justo después los niños se dan las buenas noches con un “que no se te lleve el hombre del saco”.

Tal vez lo más destacable es la lectura continua que la señora Cooper realiza de la Biblia como si se tratara de un compendio de cuentos infantiles para sus niños. Es más, llega a establecerse una clara comparación entre alguna de estas historias sagradas con la propia de John y Pearl y el malvado predicador.

Es el caso de las enseñanzas de Jesús que la anciana refiere al principio de la película: “El rey Salomón no era tan hermoso como los lirios del valle. No juzguéis si no queréis ser juzgados. Desconfiad de los falsos profetas que se cubren con pieles de cordero pero que en su interior son fieros como lobos. Por sus frutos los reconoceréis”.

Y a continuación, se da paso a la imagen del cuerpo yacente de una pobre madre asesinada. Poco después, el predicador entra en escena jactándose de sus acciones criminales. Argumenta que Dios es quien lo provee de viudas con dinero, con el objeto de que se apropie de sus ahorros, que les sirvan para subsistir y así pueda seguir difundiendo la palabra del Señor en su misión divina.

Con ello se anticipa una equiparación entre el predicador y el rey Salomón, quien priorizaba la obtención de riquezas sobre la Ley de Dios y que llevó a cabo ejecuciones en los cuadros dirigentes del reino cuando ascendió al poder.

Cuando más adelante el predicador salga de la cárcel y se presente en el hogar de los Harper aparentando ser incapaz de matar una mosca, se introducirá otro plus a aquella idea del falso profeta del que hay que desconfiar.

John se interesa especialmente por otra historia que cuenta la anciana, la de Moisés, un niño pequeño que también surcó el río en barca y fue encontrado por una buena mujer, justamente lo que le sucede a él y su hermana.

También les narra la masacre que el rey Herodes ordenó cometer contra todos los bebés, teniendo así la certeza de que acabaría con Jesús sin duda alguna, por lo que los padres de Jesús se vieron obligados a huir por la seguridad de su pequeño. Aquel “miserable, insignificante y terco rey Herodes” es la descripción que la señora Cooper utiliza en el libro para explicar al personaje bíblico, y a su vez, con la que se refiere indirectamente al predicador, que igualmente acosa a los dos huérfanos. “También allí los niños sufrían una persecución”, dirá en el libro”. “Allí los niños sufrían una persecución, aquellos tiempos eran también muy difíciles”, dirá en la película.

Otro paralelismo en el libro se produce cuando la señora Cooper habla de sus niños como “los corderitos que perdió el pastor de Galilea”.

La analogía con el universo del cuento que todos estos ejemplos dejan entrever, en el libro se hace totalmente explícita en una frase concreta: “... la omnipresente y monstruosa verdad que se cernía amenazadoramente sobre su pequeño mundo como un ogro de cuento de hadas”.

En consecuencia, se genera el fenómeno de la intertextualidad, por el que se establece una relación entre dos textos (el cuento de turno y la historia de John y Pearl perseguidos por el predicador farsante) a partir de muchas citas y alusiones.

5. Los personajes

Harry Powell, el predicador

Este personaje deja escapar en la novela un detalle de vulnerabilidad que en la película se pasa por alto: llora en silencio acostado en su cama. Resulta casi anecdótico y rápidamente se olvida, por lo que como en la película, nos sigue pareciendo monstruoso y sin pizca de humanidad.

Sí que ambas reflejan su repulsa hacia aquellos que él y el Señor consideran seres impuros. Llegaría a usar la violencia y hasta matar en su lucha por conseguir limpiar la faz de la tierra de los vicios y la corrupción. El mundo, para él, está lleno de seres abominables, ramera, rufianes y débiles.

John Harper, el niño

Da la impresión en la película que el chico nunca pasa miedo. Es un valiente nato, o no lo es pero se esfuerza por no mostrarse débil ante su enemigo vil, el predicador. Es un hecho que puede llamar la atención, siendo tan solo un niño y, sin embargo, la determinación que ostenta con cada respuesta que da a los adultos, al cuidar de su hermana pequeña con tanto sentido de la responsabilidad, o al sobrellevar la soledad tras la desaparición de sus padres. Por ser impensable esa resolución de adulto en alguien de tan corta edad, incluso puede parecer poco realista y considerarse un fallo en la dirección de actores.

Sin embargo, al leer la novela comprobamos que no es más que apariencia. Por su condición literaria, se nos brinda la oportunidad de sumergirnos en los pensamientos del chico y así es cómo conocemos sus verdaderos sentimientos de miedo, pero que él se reprime. Bien claro lo deja cuando en la página 82 leemos “El Señor Powell me da miedo. Me asusta más que la oscuridad o los truenos...”, en la página 84 “Estoy más asustado de lo que nunca he estado...”, y en la 86 “...muerto de miedo que sobrepasaba con mucho su capacidad de airarse o protestar...”.

A cada cosa que le dice el predicador, conocemos los pensamientos que el chico se formula sobre las intenciones ocultas del tipo y su peligrosidad. En cierto punto hace una cavilación en la que equipara al predicador con Dios: si el predicador es un hombre de Dios, el chico deduce que Dios debe de ser como él, o como los hombres de azul que se llevaron a su padre por la fuerza. Dios podría estar de parte del tipo de hombres como el predicador.

Rachel Cooper, la anciana

Es una gran devota de Dios, como el señor Powell, pero por supuesto, ella se toma la religión con otra filosofía: rechaza al sexo femenino, por considerar lo tontas que son las mujeres al fantasear con hombres que luego las dejan embarazadas y se marchan abandonándolas a su suerte con una criatura en camino. Ella acoge a los niños desamparados que nacen fruto de estos devaneos, sabiendo que bajo su techo van a estar mejor que con sus propias madres, muchas solteras, cuyo sueldo no les da para siquiera los cuidados mínimos, y menos con sus padres, que se han desentendido por completo.

De alguna manera, en esta labor filantrópica se atisba cierto egoísmo. Puesto que es viuda desde hace cuarenta años, y su hijo, adulto y con familia, lleva mucho tiempo fuera de casa, ella disipa la soledad a través del amor que recibe de los niños abandonados, quienes a su vez están necesitados de compartir afecto.

En los cuidados que les procura y las enseñanzas que les aporta sobre religión o las tareas agrícolas y ganaderas, se intuye que lo hace puesto que a cambio recibe la satisfacción de sentirse útil todavía, que vale para algo en este mundo. El orgullo de ver que los críos a su cargo se educan y aprenden, y de que posee algo de valor, ni más ni menos que pequeños seres humanos. Aunque desde luego, más vale este egoísmo de la Señora Cooper que el del señor Powell.

6. Los sueños

Los episodios de sueño cobran mucha relevancia en la novela, ya que proyectan aspectos de crucial importancia para la trama o del interior de los personajes. Sin embargo, en la película se prescinde de las siestas y de las cabezadas. El contenido de esos sueños se manifiesta desde la realidad.

Lo que en la película se nos muestra al principio (Ben Harper pactando con sus hijos no revelar el escondite del dinero), en la novela no llega hasta mucho más tarde curiosamente en forma de sueño que asalta a John una noche y le hace recordar el fatídico episodio.

También Willa sueña, pero con sucesos del pasado mucho más agradables: aquella maravillosa noche de bodas con Harper, lo mucho que se amaban, y el deseo de prosperidad para los hijos que tuvieran. Nos brinda la oportunidad de observar cómo ya en la noche de bodas Harper expresó su temor de que sus hijos vivieran pobres y pasaran necesidades.

Rozando al final de la historia, de nuevo en torno a John ocurre un hecho relevante. Al alba llegan los policías para arrestar a Powell, que se halla herido en el granero de la señora Cooper. Esta escena le despierta a John la misma que aconteció con su padre. Es como si todo sucediera de nuevo, así que el niño tiene la apreciación de que puede que fuera ahora cuando ocurriera realmente y sólo hubiera soñado entonces. Por eso, en un arrebato de delirio, se convence de que Powell es su padre y se lanza a por él suplicando que lo dejen en paz.

Más tarde tiene lugar el juicio contra Powell, y comprobamos que John sigue convencido de ello. Considera que en el tribunal le piden que conteste preguntas sobre un sueño, y que, por tanto, igual que no es posible recordar todo lo que se sueña, solo les puede contar partes de ese supuesto sueño. Su hermana Pearl sí que suelta prenda, pero John considera que sus declaraciones son todo chorradas.

El día que vuelven a casa después del juicio, pasan por delante de la penitenciaría donde tienen preso al predicador, y entonces el chico delira: “¡Los hombres de azul lo cogieron! Como si fuera una broma o algo por el estilo, salvo que no sé quién es el que tienen cogido en la gran casa de piedra. A veces creo poder recordar quién es, pero enseguida se me borra todo de la cabeza”.

Ni siquiera reconoce a su tío Birdie el día que va a juicio a declarar, a pesar de lo mucho que siempre lo había apreciado.

En la película, se ve cómo el chico, traumatizado y absorto del todo, simplemente se niega a hablar ante el tribunal porque no le salen las palabras. Interpretamos que se siente demasiado confuso como para mirar a Powell y decir lo que le piden que diga: “Sí, mató a mi madre”, teniendo en cuenta que se le ha metido en la cabeza que el tipo es su padre.